

Salvador Comelles

Ilustrado por
Sandra Aguilar

Cuentos de casa



ANAYA

Primera edición: mayo 2022

© Del texto: Salvador Comelles, 2022

© De las ilustraciones: Sandra Aguilar, 2022

© Grupo Anaya, S. A., 2022

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

www.anayainfantilyjuvenil.com

ISBN: 978-84-698-9104-9

Depósito legal: M-6858-2022

Impreso en España



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Salvador Comelles

Ilustraciones
Sandra Aguilar

Cuentos de casa



ANAYA

**El cuento «El rotulador»
es para Carme Puig.**

**El cuento «El farolillo»
es para Rosa López.**

Cantallops, Terrassa, 2021

Índice

Prólogo	11
Los ratones	12
El armario teletransportador.....	16
El sofá.....	20
El rotulador	24
El espejo	26
El despertador.....	30
El ascensor	34
Las palmeras.....	40
Amir.....	44
La ventana.....	48
El farolillo	50

Prólogo

En ocasiones parece que para vivir aventuras tenemos que ir muy lejos: a algún país lejano, a la selva o al desierto. Pero en casa también tenemos nuestras pequeñas y grandes aventuras: son las cosas que nos pasan, los problemas domésticos, la relación con nuestra familia... Todos podríamos contar muchas.

Las casas de hoy en día son muy distintas a las de nuestros abuelos. Pensemos que la televisión, al principio, ¡era en blanco y negro! Nuestros abuelos ya tenían teléfono en casa, pero era un teléfono fijo. ¡Qué diferencia con los móviles y con los ordenadores de ahora!

¡Y cuántos cambios nos quedarán por ver! Todavía no los conocemos, pero puede ser divertido imaginarlos. Dicen que las casas y los objetos que tenemos en ellas son cada vez más «inteligentes». Seguro que sí. Confiemos en que nosotros sepamos vivir también con inteligencia, concediendo importancia a las cosas que realmente la tienen, y tratando de conservar siempre, como dice el último cuento de este libro, la alegría, como si fuera un farolillo encendido.



Los ratones

Nos dimos cuenta una noche; cuando papá se despertó, recordó que tenía una tarea pendiente y decidió que, ya que se había desvelado, podía terminar el trabajo que había dejado a medias. Se fue a su escritorio, encendió el ordenador y, entonces, descubrió que el ratón no estaba allí. No lo vio por ninguna parte. Después vino a mi habitación, donde yo tengo mi propio ordenador, y resultó que mi ratón tampoco estaba. ¡Qué raro!

A la mañana siguiente nos lo comentó, pero los dos ratones ya estaban cada uno en su sitio, al lado de su correspondiente ordenador. Pensamos que papá debía de haber estado medio dormido y que simplemente no los había visto.

Pero a la noche siguiente volvió a pasar exactamente lo mismo. Entonces, papá me dijo que allí había gato encerrado y que teníamos que descubrir qué estaba pasando. Mamá opinó que estábamos chalados. A pesar de todo, después de cenar, papá y yo montamos guardia, cada uno al lado de su escritorio.

Acababan de sonar las doce en el campanario del pueblo cuando vi que, de repente, mi ratón empezaba a moverse. Y, al parecer, el ratón de papá hizo lo mismo. El mío comenzó a girarse un poco hacia los lados, como si examinara el entorno. Después, se fue hacia la pata del escritorio y empezó a bajar por ella, sin caerse ni resbalar.

Yo lo seguí con mucha precaución. Cuando salí al rellano, me encontré a papá, que me hizo «shhh» con el dedo en la boca mientras caminaba de puntillas detrás de su ratón. Los dos ratoncitos bajaron la escalera, y nosotros, detrás. Y cuando llegamos al comedor, los vimos desaparecer tras la butaca que tenemos al lado de la ventana.

¿Dónde se habían metido? Estaban actuando como dos ratones de verdad, así que dedujimos que ahí, detrás de la butaca, debían de tener su madriguera. Como no hubo ningún movimiento más, decidimos regresar a la cama. Ya habíamos visto a dónde iban los ratones; ya saldrían de allá cuando les viniera en gana. Vista la experiencia anterior, supusimos que a la mañana siguiente los volveríamos a encontrar al lado del ordenador, como si hubieran entrado a trabajar.

Efectivamente, al día siguiente por la mañana, cuando nos levantamos, los dos ratones volvían a estar cada uno en su sitio. Como si nada.

Debo decir que ese día, mientras escribía en mi ordenador, cuando ponía la mano sobre el ratón, al principio sentía un poco de angustia.



Por la tarde decidimos que probaríamos otra cosa: les sacaríamos las pilas, a ver qué pasaba. Lo hicimos, montamos guardia un rato y comprobamos que ninguno de los dos ratones movía ni un solo pelo del bigote, en el caso de que lo tuvieran. Bueno, ya sabíamos una cosa segura: sin pilas, no se movían.

La noche siguiente repetimos la guardia y, como el primer día, cuando sonaron las doce, los ratones, de nuevo con las pilas puestas, se fueron hacia su guarida del comedor. Entonces, papá apartó el sillón. Efectivamente, había un agujero que parecía la entrada de una pequeña cueva, como las madrigueras de los ratones que salen en los dibujos animados. Me agaché para mirar por el agujero. ¿Y si había un montón de ratones dentro? Pero no, solo vi a nuestros dos ratones en el fondo, mordisqueando unos papeles. Cuando papá también miró por el agujero, identificó que los papeles eran suyos.

—¡Menos mal que son borradores que no necesitaba! —dijo con alivio.

Al día siguiente hubo asamblea familiar en mi habitación. Papá había ido a buscar a su ratón y lo había puesto al lado del mío. Estaban allí delante y teníamos que tomar alguna decisión.

—¿Qué podemos hacer? —dijo papá—. ¿Y si un día nos encontramos la casa llena de ratones?

—Quizá en la tienda de informática tengan algún tipo de gato —dijo mamá, que siempre es muy práctica.

Estuvimos un rato hablando, con los dos ratones allí, quietos sobre el escritorio. Entonces, mientras pasaba un dedo por el lomo de uno de los ratones, papá dijo:

—Ay, ay, ay, ¿qué podemos hacer con vosotros?

—¿Qué esperas, que hablen? —dijo mamá, con tono burlón.



No, no hablaban. Pero cuando papá hizo el comentario, mi ratón dio un saltito y comenzó a brincar por el teclado, de una tecla a otra: no sé cómo lo hacía, pero tenía una habilidad sorprendente. Y en la pantalla apareció un mensaje:

¡HABLEMOS!

Y luego vinieron muchos más mensajes cortos, como caquitas de ratón:

¡NO NOS DEJÉIS SIN PILAS!

EN ESTA CASA ESTAMOS MUY BIEN

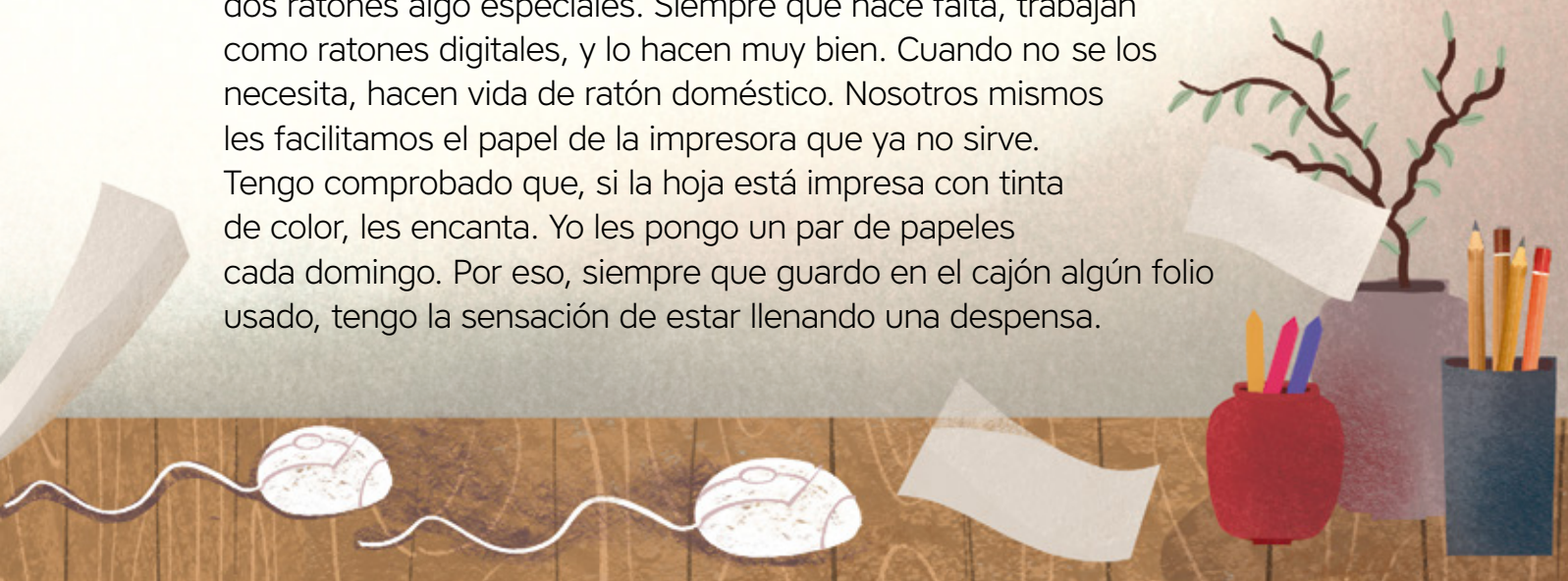
...

Nosotros íbamos leyéndolo todo, boquiabiertos. Vale, podríamos haberles sacado las pilas y ahí se habría acabado todo, pero en ese momento nos habríamos sentido como si les hubiéramos preparado una ratonera, como si los hubiéramos envenenado. Y preferíamos ser sus amigos. Además, teníamos que reconocer que aquellos ratones trabajaban muchas horas, nos ayudaban mucho, y, por lo que se veía, también necesitaban tiempo para sus cosas. ¿Qué derecho teníamos a meternos en su doble vida? Y, por otro lado, mejor no enfrentarse a ellos. ¿Te imaginas todo lo que podría hacer un ratón que quisiera fastidiarnos? Las teclas que podría tocar, lo que nos podría borrar del ordenador...

Total, que estuvimos intercambiando algunos mensajes: los nuestros, verbales; los suyos, en la pantalla. Y al cabo de media hora teníamos redactado un pacto de convivencia doméstica que en unos cuantos párrafos cortos (ellos siempre escribían cortito) explicaba los derechos y deberes de cada parte (la humana y la ratonil). Una vez redactado el pacto, imprimimos dos copias, y los ratones fueron a guardar la suya a su madriguera.

—Espero que no se la coman —dijo mamá.

Bueno, pues así estamos. En casa no hay gato ni perro. Tenemos dos ratones algo especiales. Siempre que hace falta, trabajan como ratones digitales, y lo hacen muy bien. Cuando no se los necesita, hacen vida de ratón doméstico. Nosotros mismos les facilitamos el papel de la impresora que ya no sirve. Tengo comprobado que, si la hoja está impresa con tinta de color, les encanta. Yo les pongo un par de papeles cada domingo. Por eso, siempre que guardo en el cajón algún folio usado, tengo la sensación de estar llenando una despensa.



**TODO OBJETO ENCIERRA UNA HISTORIA FABULOSA,
HASTA LOS QUE VES CADA DÍA.**

**DESCUBRE LAS PEQUEÑAS GRANDES AVENTURAS
QUE PODRÍAN ESCONDERSE EN TU CASA.**



Todos tenemos ventanas en nuestra casa,
y un sofá, y un ordenador... Pero, en estos cuentos,
cada ventana da a un paisaje diferente, y hay un sofá
que duerme al que se sienta en él... o se lo traga,
y también un armario teletransportador...
No hace falta ir muy lejos para tener aventuras.
En casa también podemos vivirlas.



ANAYA

www.anayainfantilyjuvenil.com

1541224

ISBN 978-84-698-9104-9



9 788469 891049